

# Por una historia de los marginados

por Fernando Picó

EL DIARIO DE BETA-LOCAL - UNA ORGANIZACIÓN SIN FINES DE LUCRO DEDICADA A PROMOVER EL PENSAMIENTO, ACCIÓN Y PRODUCCIÓN CRÍTICA Y CREATIVA

14

ahí que hay que hacer una reflexión inicial, porque todavía no estamos plenamente convencidos de que se necesita hacer ese tipo de historia.

*Por una historia de los marginados*

El vigoroso desarrollo de la historiografía puertorriqueña en la segunda mitad del siglo 20 ha sido desigual. Cada generación de investigadores ha enfatizado aquello que ha visto más descuidado en la historia escrita y más crucial para la comprensión del momento presente. Para la generación de historiadores que floreció entre 1945 y 1975 la necesidad era afirmar los logros de los puertorriqueños en el desarrollo de sus instituciones, las relaciones de nuestras autoridades con otros gobiernos, y la formulación de los ideales políticos de los distintos movimientos. Para la siguiente generación, cuyas publicaciones cubren la segunda mitad de los setentas y la década del ochenta, la urgencia ha sido analizar los sistemas económicos y las relaciones de clase que han afectado las vidas y las luchas de los trabajadores, los agricultores, las mujeres y los sectores hegemónicos de la sociedad.<sup>1</sup>

Esta segunda generación de historiadores académicos, cuya producción historiográfica es a veces llamada 'la nueva historia', todavía no ha cumplido con la ambiciosa agenda que se propuso, al calor de los debates de la década de 1970. La historia de la mujer puertorriqueña, la historia urbana, la historia ecológica, la historia de los trabajadores hasta nuestros días, la nueva historia política, la historia de las mentalidades, la historia de los comerciantes, de la banca, de la manufactura, de las comunicaciones, la nueva historia eclesiástica, la microhistoria, la nueva historia cultural y la historia de las emigraciones puertorriqueñas todavía tienen mucho de su

<sup>1</sup> Ver Loida Figueroa, *Historiografía de Puerto Rico* (Madrid: la autora, 1975); Carmelo Rosario Natal y Francisco Scarnano, "Bibliografía histórica puertorriqueña de la década de los setentas", *Hombres VIII*, núm. 1 (1984), 83-109; Gervasio L. García, "Nuevos enfoques, viejos problemas: reflexión crítica sobre la nueva historia", en *Historia crítica, historia sin coartadas: Algunos problemas de la historia de Puerto Rico* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1985), 40-63; Carmelo Rosario Natal, *El puertorriqueño dócil: Historia, pasión y muerte de un mito* (San Juan: el autor, 1987); María de los Angeles Castro Arroyo, "De Salvador Brou hasta la "novecentista" historia: un replanteamiento y una crítica", *Op. Cit.*, Boletín del Centro de Investigaciones Históricas, núm. 4 (1988-89), 11-55.

18

na, o sea porque carecen de las licencias, los permisos, las tarjetas, los carnets, las matrículas o cualquier otro papel que acredite la legalidad de sus ocupaciones o pertenencias, los indisciplinados, los objetores de conciencia, los presidiarios, los vegetarianos, los puertorriqueños regresados de Nueva York y continuamente aleccionados sobre su gramática, su dicción y su sintaxis, los invasores de terreno, los refugiados de huracanes o inundaciones, los desplazados por las construcciones y los cambios tecnológicos, los boliberos, los que son marginados simplemente porque son aburridos o pasados de moda, los cobardes y los chotas, los tristes y los feos, los albinos y los bajitos, los fanáticos y los tartamudos, los sabihondos y los brutos, los santos y los pecadores, el norte y el sur, la a y la zeta de todo lo que ha sido perseguido, ignorado, manipulado, explotado, desafiado, exhibido y condenado en este país desde que el primer arcaico bajó de su arcaica yola hasta el último estudiante que se leyó el capítulo asignado de este libro en la librería y sin comprarlo se escurrió fuera.

Es difícil pensar en una persona que por alguna parte o faceta de su vida no caiga en esa lista tan terminante. La lista nos parece graciosa, naturalmente, si no se nos trata de incluir en ella. Pero, dadas las absurdas taxonomías sociales, inevitablemente nos incluye a todos, porque en algo todos somos diferentes. Y esto es lo que he tratado de dejar en claro por este método abrupto de mencionar las categorías posibles de la marginación: que tales distinciones nos parecen arbitrarias sólo cuando se nos trata de incluir en ellas. Sin embargo, consciente o inconscientemente hemos usado categorías análogas para tener en poca o ninguna consideración a segmentos considerables de nuestra población. De esa manera hemos caído en la barbaridad de hacer historia sólo de 'los que cuentan', sólo de los bonitos y los barbados, de los montados en caballos y en Volvos, y esa historia ha estado parcializada porque ha sido parcial.

Hacer historia de los marginados, por consiguiente, es descartar esa historia machista, hispanicista, elitista y diacrónica que excluye mucho de lo que ha sido la experiencia de nuestro pueblo en su difícil caminar por el tiempo.

*Posibilidades*

Pero, ¿cómo se hace una historia de los marginados? ¿Es posible conseguir suficientes testimonios? ¿Requiere una metodología distinta?

15

territorio inexplorado. Por eso, al proponer todavía otra historia por hacer, la de los marginados, sé que corro el riesgo de abrumar. Cuando falta tanto por hacer de lo que es esencial para la nueva historia, ¿por qué añadir algo más a la agenda, tan tarde en el día de nuestra generación? Y no sólo algo más, sino algo que muchos considerarán excéntrico, exótico, fuera de curso, una distracción generosa pero onerosa, un *tour de force* inquietante y dislocador de las prioridades establecidas.

La premisa de esas objeciones es que una historia de los marginados en Puerto Rico es algo ajeno a la "nueva historia". Si se considera así, quizás es porque no se entiende plenamente lo que la "nueva historia" ha intentado hacer. En la década de 1970 hubo una ruptura en la historiografía puertorriqueña, no porque la historia académica de nuestros predecesores careciera de méritos o de credenciales profesionales—eso nunca se lo hemos negado—sino porque surgió una nueva generación que no estaba satisfecha de cómo encontró el país y quería cambiarlo. Y para cambiarlo esa nueva generación creyó que había que entender cómo había llegado a ser lo que era y cómo funcionaba. Y para entender había que recurrir a todas las ciencias sociales y a su arsenal metodológico. Era preciso concebir la historia como una ciencia social más, y aprovechar los enfoques y las estrategias que les habían dado resultado a historiadores de otras sociedades. Ahí vino la influencia de la escuela de Londres, y de la escuela francesa de Annales, de la nueva historia social norteamericana, y los modelos de Florescano, Moreno Fragnalis, E.P. Thompson, Hobbsbawm, Braudel, Duby, Le Roy Ladurie y Marc Bloch.

Para los nuevos historiadores el foco ha sido toda la sociedad, sin excluir ninguna de sus clases y sectores, y el objetivo, comprender. Comprender para promover el cambio social justo, comprender para identificar y eliminar el abuso, el privilegio y el prejuicio.

Porque la sociedad puertorriqueña no está completa si no se consideran también los marginados. Y para poder solucionar los problemas de este sector amplio de la sociedad necesitamos comprender los mecanismos institucionales, los dispositivos económicos, los conflictos sociales y los patrones mentales que han resultado en la marginación de tantos hermanos. La tarea de hacer historia desde esa perspectiva no es ajena y siempre ha sido parte de la agenda de la nueva historia. La encontramos por todas partes, si la buscamos, en los cimarrones de Chuco Quintero y de Benjamín

19

¿Conlleva algún enfoque novedoso, alguna teoría nueva? Aquí sólo podemos esbozar un poco las respuestas a estas preguntas.

En primer lugar, es necesario tematizar de formas nuevas la agenda histórica y convertir esos nuevos temas en problemas interesantes, significativos, limitados, trabajables. Para esto ayuda mucho el método comparativo, que nos lleva a examinar lo que se ha hecho sobre la historia de otras sociedades.<sup>2</sup>

En segundo lugar es necesario trabajar fuentes accesibles que hasta el momento han sido poco trabajadas desde esta óptica, inclusive fuentes tradicionales a las cuales nunca se les ha preguntado por los marginados. Y hay que descubrir nuevas fuentes que sirvan para las nuevas preguntas y perspectivas que una historia de los marginados suscita. Se me ocurren fuentes como la publicidad y promoción de una época dada, la literatura en todas sus manifestaciones, incluso la literatura oral, los informes y estudios de las agencias del gobierno sobre problemas relacionados a esta temática, la literatura médica, los estudios de las financieras y los bancos, la literatura religiosa popular, los testimonios audiovisuales, la creación humorística y satírica de cada generación, los cánones de la moda, según se consagran en la fotografía y la crónica social de cada época, la iconografía de los textos escolares, el discurso cívico sedimentado en guías de fiestas patronales, anuarios, revistas profesionales y suplementos comerciales, la propaganda política callejera, y el testimonio personal de los actores mismos.<sup>3</sup>

La utilización óptima de estas fuentes suele darse en estudios micro con marcos macro. Quiero decir con esto que suele ser efectivo seleccionar un área geográfica o temática estrechamente delimitada y considerar para ella toda la evidencia disponible, pero guardar siempre en perspectiva las implicaciones más amplias de los análisis realizados.

*Conclusión*

Pudríamos preguntar, ¿para qué todo este esfuerzo? ¿Cuál es el propósito de un estudio histórico de los marginados? Yo diría que el

<sup>2</sup> Ver Gervasio Luis García, *Armar la historia* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1989).

<sup>3</sup> Sobre la utilización de este género de fuentes para la historia de las mentalidades, ver Michel Vovelle, *Ideologías y mentalidades*, traducido por Juana Bignonzi (Barcelona: Editorial Ariel, 1985).

16

Nistal,<sup>4</sup> en los condenados por rebeldía de Baralt,<sup>5</sup> en los disidentes y las víctimas de la injusticia de Blanca Silvestrini<sup>6</sup> en los niños atrapados en la industria doméstica en los trabajos de Lydia Milagros González;<sup>7</sup> en los protagonistas de accidentes de trabajo y de arrestos punitivos en Gervasio García y Andrés Ramos Mattei;<sup>8</sup> en la ilegalidad, en el contrabando, en la prostitución y en la vagancia, pero nunca en la ilegitimidad, en los trabajos de tantos estudiosos de nuestros procesos históricos.

El carácter subsidiario de los marginados en la economía y en la vida política no ha permitido que los historiadores le brinden plena atención a la totalidad de sus roles sociales.<sup>9</sup> Es por eso que lanzo aquí este reclamo por integrar más plenamente a los marginados en la nueva historiografía puertorriqueña. Al hacerlo, estoy consciente de las muchas trampas que pueden viciar este esfuerzo. En primer lugar no se trata de folclorizar. No estamos hablando de ubicar en una de esas plácidas y melosas crónicas al loco del pueblo que dirige el tráfico o a la espiritista que con sus tes cuenta historias de aparecidos.

Por otro lado no se trata de recurrir al cansado esquema de clasificar a los marginados como *lumpen* y presentar en ellos el bagazo de nuestro sistema industrial y urbano. En ese esquema los marginados aparecen como

<sup>4</sup> Ver Ángel G. Quintero Rivera, *Patricios y plebeyos* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1988), 26-33; Benjamín Nistal Moret, *El cimarrón, 1845* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1973) y *Escritos proféticos y cimarrones: Puerto Rico: 1770-1870* (Río Piedras: Editorial Universidad de Puerto Rico, 1984).

<sup>5</sup> Guillermo Baralt, *Esclavos rebeldes* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1982).

<sup>6</sup> Blanca Silvestrini, *Violencia y criminalidad en Puerto Rico 1898-1973: Apuntes para un estudio de historia social* (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1980).

<sup>7</sup> Ver Lydia Milagros González García, *Una puntada en el tiempo: La industria de la aguja en Puerto Rico (1920-1929)* (Río Piedras: Cerep, Círculo, 1990); Lydia Milagros González y Ángel G. Quintero Rivera, *La otra cara de la historia: La historia de Puerto Rico desde su cara obrera*, vol. 1 1800-1925 (Río Piedras: Cerep, 1984).

<sup>8</sup> Ver Gervasio L. García Rodríguez, *Primeros fermentos de organización obrera en Puerto Rico, 1897-1898*, Cuadernos Cerep 1 (Río Piedras: 1974); Gervasio L. García y Ángel G. Quintero Rivera, *Desafío y solidaridad: Breve historia del movimiento obrero puertorriqueño* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1982); Andrés Ramos Mattei, *La sociedad del azúcar en Puerto Rico: 1870-1910* (Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1985).

<sup>9</sup> Para una discusión sobre este problema en otras historiografías, ver Maurice Agulhon (ed.), *Les marginaux et les autres* (Paris: Editions Imago, 1990); Robert Forster and Orest Ranum (eds.), *Deviant and the Abandoned in French Society: Selections from the Annales*, traducido por Elborg Forster y Patricia M. Ranum (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978).

20

propósito es acabar con la marginación como hecho social y económico. No estoy hablando aquí de ese margen siempre fértil de la historia cultural, desde el cual se opera el cambio creativo y transformador que marca una etapa nueva,<sup>11</sup> o el margen desde el cual se elabora el paradigma nuevo que Thomas Kuhn tan bien describe en sus estudios sobre las revoluciones científicas.<sup>12</sup> Hablo más bien del margen que penaliza y discrimina, que promueve la enajenación y perpetúa la estigmatización de los individuos.

En la medida en que se entiende cómo ha ocurrido la marginalización, como se han utilizado elementos arbitrarios de una situación para aislar y ningunear al otro, se puede iniciar el proceso por el cual el prejuicio comienza a retroceder y la incorporación del otro a la vida social puede fructificar. Esto es un esfuerzo a largo plazo, pero su objetivo final es que nuestra historiografía abarque a todos los puertorriqueños.

*Agradecimientos*

Para hacer la investigación de este libro solicité en 1990, y no obtuve, la beca Guggenheim, y tampoco logré en 1992 una beca del Social Science Research Council. La licencia que pedí y obtuve de la Universidad de Puerto Rico en 1991-92 fue sin sueldo; haber pedido una sábatica sólo cinco años después de otra hubiera sido recargar el sistema. Lo que en otras universidades es un derecho, en la nuestra es una cortesía de la cual no se debe abusar. Obtuve, sin embargo, el descargo de la enseñanza de una clase en el año académico 1993-94.

Hago constar todo esto por si a algún historiógrafo del siglo 21 se le ocurre inventar que los historiadores de Puerto Rico en la década de 1990 teníamos todas las ayudas necesarias para lograr libros perfectos.

Lo perfecto no han sido los apoyos institucionales, sino los amigos. A estos les debo el estímulo constante para llevar a cabo la investigación y la redacción. Es por eso que hago constar mi agradecimiento, en lista alfabética, a los siguientes compañeros confinados, jesuitas y miembros de

<sup>11</sup> Ver Gérard Vincent, "Normes et marges: De Poussin a David: Une histoire cyclique?", en Agulhon (ed.), *op. cit.*, 105-18.

<sup>12</sup> Ver Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (2nd. ed.; Chicago: University of Chicago Press, 1970); *La tensión esencial: Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, traducido por Roberto Heiler (México: Fondo de Cultura Económica, 1982).

17

víctimas pasivas, que no tienen otro papel en la historia que el de apuntar hacia los excesos de un sistema económico que descarta y manipula a los no productores. Así los condena de por vida a integrar un ejército industrial de reserva que ya nunca recibirá sus papeles de movilización.

Tampoco estamos reduciendo los marginados al papel de los campesinos de James Scott, quienes a través de sus resistencias cotidianas expresan sus reivindicaciones.<sup>4</sup> No porque estas luchas cotidianas, estas armas de los débiles, carezcan de importancia, sino porque ellas no constituyen el único escenario donde podemos ubicar a nuestros personajes.

Finalmente no se trata de la exquisitez post-modernista de examinar el comportamiento de grupos exóticos y reclamar para ellos la peculiar universalidad de un discurso alterno. Se trata más bien de examinar, dentro de la globalidad de nuestra sociedad, aquellos sectores que han escapado la atención minuciosa de nuestros historiadores, y de escribir la historia desde ellos, desde sus vidas. Esto no quiere decir que se excluyan los otros sectores, sino que se miren desde la perspectiva de los que no son sectores dominantes ni laborales.

*Un catálogo de posibilidades*

Como en el segundo libro de *La Ilíada*, hagamos un elenco de los actores de esta historia de la marginalidad. ¿Quiénes son esos "descalzados y malvestidos" que se ven penosamente excluidos por los carteles a la entrada de Plaza Las Américas? Una vez empezamos por ellos, podríamos seguir con todos los otros marginados por tantos de los discursos hegemónicos: los alcohólicos, los vagabundos que duermen sobre cartones, los trastornados mentales, los suicidas, los enfermos crónicos, especialmente los sidosos, los excéntricos, los viejos solos, los chiriperos, los endeudados y en bancarrota, especialmente aquellos estigmatizados por los burós de crédito, los desertores escolares, los drogadictos, los fanáticos religiosos milenaristas o escatológicos, los accidentados y minusválidos. Y luego todos aquellos que han sido reducidos al silencio, los homosexuales, los indocumentados, sea porque no tienen los papeles de la necesaria ciudadanía.

<sup>4</sup> Ver James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, (New Haven: Yale University Press, 1976).

21

la comunidad universitaria: Luis Agrait, Rafael Anglada, Gerardo Aponte, Gilberto Aponte, José Ramón Aponte, Juan José Baldrich, Michel Baud, Jaime Benítez, Rafael Cabrera, María de los Angeles Castro, Víctor Cerra Ortiz, José Rubén Colón, Javier Figueroa, Eneida García, Gervasio García, Alexy González Cubero, Juan González Mendoza, Lydia Milagros González, Fernando Guzmán Santiago, Raúl Hernández Mercado, Arnaldo Licier, Kenneth Luigo, María Dolores Luque, Nelson Maldonado Torres, Luis Martínez Fernández, Félix Matos, Angel Medina Sánchez, Carlos Medina Colón, Pablo Meléndez Martínez, Francisco Morales, Mercedes Otero, Roberto Otero, Ricardo Otero Garabís, Carlos Pabón, Milton Pabón, Elvin Pastrana Monserrate, Eduardo Pérez Negrón, Ana Helvia Quintero, Angel Quintero Alfaro, Angel Quintero Rivera, Carmen Raffucci, José J. Rivera Alvarez, Edgardo Rivera Orpessa, José Rivera Sánchez, José J. Rivera Aneiro, Mario Rivera Dides, Trina Rivera de Ríos, Carlos Rodríguez Villanueva, Rey Martín Rosa León, Madeleine Román, Pedro San Miguel, Francisco Scarnano, Rebecca Scott, Blanca Silvestrini, John Talbot, Lina Torres, Mario Alberto Torres, Orlando Torres, Ramón Torres Nieves, Angel Vázquez Jorge, Antonio Vázquez Pagán, Ana Lydia Vega, Víctor Velázquez Rodríguez, y a muchos otros. Si fuera a mencionar a todos los confinados, confinados universitarios, universitarios, universitarios jesuitas, y jesuitas que me han ayudado, no quedaría papel para el libro. Cada cuál sabe lo mucho que me ha enseñado; gracias a todos.

Dedico este libro a los amigos confinados que han vivido en el Anexo 292 de Bayamón desde su inauguración en 1988, por muchas buenas razones, la menor de las cuales no es que han tratado de enseñarme a pensar como un preso.

## Calendario:

\* jueves 16/febrero, 7pm / Performance de Arash Fayeze – Casa del Sargento colaboración con Eduardo Rosario

\* viernes 17/febrero, 6:30-9:30pm / Comedor de los viernes – La Esquina

Menú: arroz con corn beef, papas fritas, habichuelas con patitas y berenjena guisada, a cargo de Michael Linares

\*jueves 23 / febrero, 6:30pm / Pin-up #30 – Eric Avilés y José Rafael Colón Laboy, Espacio 10-07 – La Esquina

invitados por Arnaldo Rodríguez Bagué

\* viernes 24/febrero, 6:30pm / Ciclo de Cine Iraní – Casa del Sargento, organizado por Lorraine Rodríguez

Blackboards, Dirigida por Samira Makhmalbaf, 2000